

GIUSEPPE ALBERIGO, DIR.

HISTORIA DEL CONCILIO VATICANO II

III

El Concilio maduro El segundo período y la segunda intersesión (septiembre 1963-septiembre 1964)

Giuseppe Alberigo
Joseph Famerée
Reiner Kaczynski
Alberto Melloni
Claude Soetens
Evangelista Vilanova

Edición española a cargo de Evangelista Vilanova

PEETERS
LEUVEN
2006

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2006

La edición de este libro está dedicada a
Evangelista Vilanova. En nuestro recuerdo.
Ediciones Sígueme

Traducción de los originales italianos –prefacio, cap. 1 y 5, y epílogo–
por Constantino Ruiz-Garrido; franceses –cap. 2 y 4– por Jorge Sans Vila;
y alemán –cap. 3– por Manuel Olasagasti Gaztelumendi

La traducción de esta obra ha sido financiada por el SEPS
Segretariato Europeo per le Pubblicazioni Scientifiche



Via Val d'Aposa 7 - 40123 Bologna - Italia
seps@alma.unibo.it - www.seps.it

© Peeters, Leuven 2000
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2006
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1376-2 (obra completa)
ISBN: 84-301-1608-7 (vol. III)
Depósito legal: S. 5-2006
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2006

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
<i>Abreviaturas, fuentes y archivos, fuentes inéditas (diarios)</i>	13
1. El comienzo del segundo período. El gran debate sobre la Iglesia:	
<i>Alberto Melloni</i>	19
1. Hacia un nuevo comienzo con un nuevo Papa	19
2. La preparación de la asamblea	32
3. El nuevo comienzo: el retorno del concilio	40
4. La problemática eclesiológica: primeros pasos	52
5. El debate sobre la colegialidad (capítulo segundo)	71
6. ¿Y ahora qué? Las inquietudes latentes	106
7. Las subcomisiones para el esquema <i>De ecclesia</i>	108
2. Obispos y diócesis, y los medios de comunicación (5-25 noviembre 1963):	
<i>Joseph Famerée</i>	117
Mirada retrospectiva	117
Presentación del esquema in aula	118
1. El esquema <i>De episcopis</i> : un reflejo de la minoría conservadora	120
2. La curia romana en el punto de mira	123
3. El obispo al llegar a una edad determinada ¿ha de ser ayudado o ha de dimitir? ..	132
4. ¿Asambleas episcopales sin poderes jurídicos?	137
5. «Diócesis ni demasiado pequeñas ni demasiado grandes»	144
6. Múltiples encuentros al margen de la asamblea	151
7. El «Coetus internationalis Patrum»	157
8. «De instrumentis communicationis socialis» (14-25 noviembre de 1963)	161
3. Hacia la reforma litúrgica: <i>Reiner Kaczynski</i>	173
1. Las votaciones durante el segundo período de sesiones	175
2. La importancia de la constitución sobre la liturgia	198
3. El comienzo de la reforma posconciliar de la liturgia	209

4. El compromiso ecuménico de la Iglesia católica: <i>Claude Soetens</i>	229
1. Del programa a las realidades	229
2. Un problema preocupante: la organización conciliar	258
3. Un final de sesión gris	270
4. Pablo VI en Tierra Santa	292
5. La intersesión (1963-1964): <i>Evangelista Vilanova</i>	297
Introducción	297
1. Primera fase: la labor conciliar sobre la base del «Plan Döpfner»	301
2. Segunda fase: el «Plan Döpfner» y la iniciativa de Pablo VI	355
3. La última fase: el ocaso del «Plan Döpfner»	373
4. La actividad de algunas conferencias episcopales e Iglesias locales	392
Epílogo. La nueva fisonomía del concilio: <i>Giuseppe Alberigo</i>	421
1. Continuidad en medio de la novedad	423
2. Momentos de importancia crucial	425
3. El concilio empieza a terminar	430
4. El eco de los grandes acontecimientos «exteriores»	433
5. Pablo VI peregrino en Jerusalén	434
6. Primeras escaramuzas del período posconciliar	435
7. Hacia el tercer período	436
8. El concilio en camino	437
<i>Índice analítico</i>	441
<i>Índice de nombres</i>	447
<i>Índice general</i>	459

El comienzo del segundo período El gran debate sobre la Iglesia

ALBERTO MELLONI

1. *Hacia un nuevo comienzo con un nuevo Papa*

¿Qué aguarda Pablo VI del Concilio? ¿Qué espera o qué teme? Hasta dónde llegará y qué rumbo emprenderá la gran asamblea que su predecesor había logrado poner en marcha finalmente? Estos interrogantes son el fondo sobre el cual se van desarrollando los preliminares del segundo período conciliar, durante el verano de 1963. Los sucesos acaecidos desde la muerte de Juan XXIII habían seguido básicamente el curso esperado.

En efecto, ni los decepcionados ni los entusiastas habían tenido razón para asombrarse de la elección del arzobispo de Milán en el cónclave de junio. La confianza depositada por Roncalli en el antiguo asistente de la secretaría de Estado, que había estado «exiliado» en Milán, había conferido a éste el papel de «papable» por excelencia, función a la que Montini parecía destinado ya desde las postrimerías del pontificado de Pío XII. Además de concederle sin dilación la púrpura y de admitirle así en el futuro cónclave, Juan XXIII había ofrecido al cardenal de Milán varias señales de estima (la residencia en el Vaticano durante los trabajos del Concilio, la presidencia de la liturgia el día 4 de noviembre de 1962), que en el clima de la corte pontificia se interpretaron casi como un nombramiento.

No hubo tampoco nada sorprendente en las declaraciones en que el recién elegido Pablo VI mostró su profunda veneración hacia el magisterio de Roncalli, anunciando su intención de continuar el Concilio. A pesar de todas las limitaciones impuestas al Concilio por la naturaleza de la preparación, por la presión ejercida por las litigiosas escuelas romanas sobre las comisiones y sus teólogos, y por la innatural hegemonía de una comisión doctrinal, reflejo fiel del organigrama curial, la decisión de Juan XXIII de proseguir el Concilio impuso las esperanzas, las intuiciones y las expectativas del episcopado al colegio cardenalicio. Los que querían una ruptura con el pasado roncalliano tuvieron la ocasión de hacer que sus voces se escucharan durante el funeral de nueve días, en los sermones sobre la elección de un papa (*De eligendo pontifice*) y en la prensa¹.

1. Véase el informe sobre el cónclave y sobre las posibilidades de Montini, escrito por James W. Spain, antiguo embajador de Estados Unidos en Pakistán, el 13 de mayo de 1963 (Central Intelligence Agency, nn. 27-63). P. Hebblethwaite confía mucho en este informe en su obra *John XXIII pope of the Council*, London 1984, 491-495; véanse algunas observaciones más en: *Pope John XXIII: Open Questions for a Biography*, en «The Catholic Historical Review» 72 (1986) 51-67.

Pero si esto significa algo, se trata únicamente de un sector de la curia romana que teme el «regreso» de Montini bajo el aspecto de un continuador vengativo. Para quien observa esta transición papal con un mínimo de distanciamiento y de experiencia –por ejemplo, los diplomáticos acreditados ante la Santa Sede– resulta evidente que no hay posibilidad de que un cardenal sea capaz de ganarse los votos de 58 cardenales y de anunciar a 2500 obispos que el Vaticano II no proseguiría. Por otro lado, Montini logró superar algunas desconfianzas políticas² y se granjeó la adhesión de algunos de los dirigentes de la mayoría embrionaria que había ido apareciendo durante el primer período del Vaticano II³. Por eso, resulta un poco irónico el que los cardenales italianos que, dentro y fuera de la curia, se manifiestan hostiles al arzobispo de Milán y buscan un contragolpe adecuado, amenacen que, si no encuentran otra alternativa, van a votar a Giacomo Lercaro, que en el debate sobre el *De ecclesia* en diciembre de 1962 había adoptado una postura más vigorosa e innovadora que la defendida por Montini...

Algunas lecturas del cónclave pretenden que, en la Capilla Sixtina, el cardenal Frings impide que una contraposición entre Lercaro y Montini beneficie al ala moderada, como Antoniutti⁴, pero la realidad efectiva es que la mayoría que sale del IV y V escrutinio es una mayoría que quiere la continuación del Vaticano II⁵. El embajador

2. Así sucedió, por ejemplo, con el canciller alemán Adenauer, el cual pensaba recomendar la candidatura del cardenal Testa como una manera de limitar los daños causados ya por Juan XXIII por las relaciones con el mundo comunista y que –a su juicio– se verían agravados por la elección de Montini. El canciller se lo dijo así a la embajadora francesa Margerie en un almuerzo el 27 de mayo de 1963; véase el telegrama secreto enviado por Margerie de Bonn a París el 27 de mayo de 1963, n. 3786/88, QO, EU-30/24. Adenauer no valoraba las posibilidades de Bea, cuya candidatura, considerada como «sumamente improbable» por los franceses, podría unir a los que «deseaban una finalización del Concilio en completa armonía con los deseos de la mayoría», QO, EU-30/24, telegrama del embajador La Tournelle N. 169-177, Roma, 2 de junio de 1963. El canciller –claramente desconcertado por la *Pacem in terris*– teme que un pontificado de Montini intensifique aún más las tendencias del pontificado de Juan XXIII, «peligrosas tanto para el Occidente como para el futuro de la cristiandad», EU-30/24, telegrama de la embajadora Margerie, n. 101-103, Bonn, 27 de mayo de 1963. Sucedió lo mismo con el presidente de la República Italiana, quien, por medio de Luigi Gedda, dio a conocer la oposición del ala derecha de la Democracia Cristiana a la elección de una persona considerada como demasiado afín a los intentos de la secretaría del partido de la Democracia Cristiana por dar vida a una mayoría estable de centro-izquierda; cf. QO, EU 30/24, telegrama del embajador La Tournelle, n. 207-208, Roma, 17 de junio de 1963: «El Presidente de la República ha efectuado por medio de M. Gedda una serie de intervenciones ante los cardenales italianos y ciertos cardenales extranjeros. El antiguo presidente de la Acción Católica les habría expuesto que M. Segni temía que el cardenal Montini, si salía victorioso del Cónclave, comprometiera a la Iglesia en favor de la apertura a la izquierda».

3. Son tentativas inútiles, pero que se entrelazaban con (o reflejaban) la hostilidad a la candidatura de Montini, expresada por muchos italianos y/o miembros de la Curia. Según la embajada francesa ante la Santa Sede, la elección se haría entre dos candidatos, Siri y Montini, con candidatos secundarios por ambas partes: Antoniutti o Marella, por un lado, Urbani por el otro lado. Según el embajador, los cardenales franceses tenían confianza unánime y completa en Montini–, cf. EU-30/24, telegrama del embajador La Tournelle, nn. 201-204, Roma, 13 de junio de 1963.

4. Sobre la prosecución (y sobre la defensa de la trayectoria del *aggiornamento*) del Vaticano II se había alcanzado un acuerdo oficial, pero explícito, entre los cardenales y el que fuera elegido pontífice –y, en cierto modo, también entre Lercaro y Montini–. Sobre esto cf. Ldc, 37. En «Epoca» de los días siguientes a la elección, Agasso propone la hipótesis de un encuentro entre Spellman y Montini, que habría proporcionado al cardenal de Milán los votos conservadores.

5. También el elegido apuesta por su propia elección a base de la hipótesis de la continuidad del Concilio y de sus orientaciones, si es verdad el rumor según el cual Montini había alcanzado ya los 53 votos en el cuarto escrutinio, seguido, no obstante, por un quinto escrutinio (una especie de voto semejante al antiguo

francés La Tournelle podrá afirmar con toda verdad: «El Concilio es el que ha hecho al cónclave»⁶. Pero ¿qué clase de Concilio hará el papa que salga del cónclave?

a) *Los primeros pasos de Pablo VI*

Durante el rito de la prestación de «obediencia» de los cardenales al papa recién elegido, Pablo VI dio ya forma concreta a su compromiso, anunciando que el Concilio proseguiría⁷. Pero en aquellas primerísimas horas Pablo VI adoptó las dos decisiones que eran esenciales para su propio papel en el control del Concilio. Confirmó como secretario de Estado a Cicognani, el cual, como presidente de la Comisión de Coordinación, había asumido ya un papel supremo que el *Ordo concilii* de 1962 no le había querido reconocer; además, manifestó a Suenens el deseo de nombrar uno (¿o varios?) legados para el Concilio⁸. Éstas fueron las dos palancas con las cuales –desde luego con diversas aportaciones y con oscilaciones del equilibrio– Pablo VI actuaría en el curso del Concilio, no definiendo nunca sus relaciones mutuas y reservándose siempre para sí el equilibrio entre ellas.

Ninguna fuente entre las que se hallan disponibles hoy día nos dice si el papa eligió de repente o con plena visión de las consecuencias la idea de dejar abierta la competencia entre un órgano (el secretario de Estado) que trasmite la voluntad del pontífice, como instrumento curial que interviene en los trabajos de la asamblea, y un órgano (los delegados/moderadores) que recibe a su vez del mismo Pablo VI la tarea de representar al aula ante él y de dirigir los debates de la misma. Nada, en todo caso, fue notificado públicamente sobre el equilibrio entre esos dos órganos, o acerca del contenido⁹, los planes y el orden del día de los trabajos¹⁰. Sutiles intentos por averiguar las intenciones pontificias, como los del em-

accessus) que tenía la finalidad de reforzar una mayoría y un programa que tenían que ver más con un deseo de unanimidad en cuanto al Concilio que con los procedimientos electorales del cónclave.

6. EU-30/24, telegrama cifrado del embajador La Tournelle, nn. 231-234, Roma, 24 de junio de 1963.

7. IdP I (1963) 4: «La continuación del Concilio Vaticano II reclama prioridad entre las tareas del papa». Durante los saludos, él dijo a los obispos que prometía asumir esas tareas «durante otra sesión del Concilio ecuménico» (*ibid.*, 7). Nada se dijo sobre la fecha de continuación, pero algunos, por ejemplo Giuseppe Dossetti, fueron por lo menos poco realistas, cuando unas semanas más tarde manifestaron su esperanza de que la intersesión se prolongara durante varios meses para permitir una lectura meditada de los esquemas. Cf. Alberigo, «Dinamiche», 139.

8. Tal es el testimonio de Suenens, expuesto por primera vez en «Herder Korrespondenz» 34 (1980), abril, 176, reeditado después en: *Giovanni Battista Montini Arcivescovo di Milano e il Concilio Ecumenico Vaticano II. Preparazione e primo periodo*, Brescia 1985, 186, y finalmente, con algunas variaciones, en *Souvenirs et espérances*, Paris 1991, 110.

9. La fecha de la convocatoria de la sesión inaugural (la sesión pública, en el lenguaje conciliar) de un segundo período conciliar estaba prevista inicialmente para mediados de septiembre, pero después se retrasó dos semanas. Cuando la fecha era ya segura, proporcionó el marco para una serie de discursos en los cuales Pablo VI expresa públicamente su pensamiento sobre el Concilio. Nada se dice sobre el Concilio en la reunión celebrada con el clero romano el 24 de junio; tampoco en la respuesta a los saludos del cuerpo diplomático (que había sugerido al papa que «el Concilio había sido la cuna de su elección, en el seno del cónclave») Pablo VI proporcionó información alguna sobre el Concilio. En cambio, en su reunión con los periodistas, el 29 de junio, dedicó un extenso párrafo a la «próxima reanudación del Concilio ecuménico», y prometió mejorar los servicios para la información e interpretación del acontecimiento: IdP I (1963), 46.

10. En el discurso de coronación del 30 de junio, en el cual el papa repite formalmente: «reemprenderemos la celebración del Concilio ecuménico», se encuentra una singular cita del esquema preparatorio *De ecclesia* so-

bajador de Bélgica con motivo de la recepción del cuerpo diplomático, obtuvieron como respuesta un cortés silencio¹¹. Pero aun no pocos purpurados a quienes el papa escucha para obtener indicaciones o sugerencias ignoran los límites, las posibilidades, el marco en el cual el papa utilizará las propuestas formuladas por ellos¹². En efecto, Pablo VI pidió al cardenal de Múnich, Döpfner, una nota sobre la posibilidad de reducir los esquemas presentados al Concilio¹³; a Lercaro, cardenal de Bolonia, y a sus colaboradores boloñeses relacionados con Dossetti, les pide propuestas sobre la esperada modificación del reglamento; a Suenens, como ya se ha dicho, le pide que esté disponible para realizar las funciones de legado; a otros (Guitton, Bevilacqua) les pide que colaboren en la encíclica sobre la Iglesia, que él desea escribir y publicar como el anuncio oficial de que se hacía cargo del oficio petrino¹⁴. Y existieron ciertamente otras demandas sobre otros aspectos de la acción de gobierno¹⁵. Determinan con lúcida seguridad los ámbitos en los que las relaciones entre el papa y el Concilio son más delicadas (ya sea en sí mismas, o bien en la concepción «solitaria» del poder pontificio, que resulta familiar para Pablo VI, y sobre la cual él escribe una elocuente meditación en julio de 1963¹⁶), pero no aclaran qué es lo que el papa quiere¹⁷.

bre la función del sucesor de Pedro («elevados a la *cumbre de la escala jerárquica de la potestad que se ejerce en la Iglesia militante*, nos sentimos al mismo tiempo en el oficio íntimo de siervo de los siervos de Dios», IdP I [1963], 26), y un propósito («defenderemos a la santa Iglesia contra los errores de doctrina y de moral», *ibid.*), que podría haber sido tomado del esquema *De deposito*, eliminado del orden del día conciliar.

11. Véase «OssRom»; el discurso de saludo fue leído por el embajador de Bélgica, Ferdinan Poswick, decano del cuerpo diplomático y muy conocido tanto por Juan XXIII como por Pablo VI; a él le corresponderá retirar el «Mensaje a los gobernantes» al final del Concilio.

12. Cf. Alberigo, «Dinamiche», para las variaciones en las propuestas de Dossetti y para los contactos con Jedin.

13. K. Wittstadt, «Vorschläge von Julius Kardinal Döpfner an Papst Paul VI. zur Fortführung der Konzilsarbeiten (Juli 1963)», en K. Wittstadt (ed.), *Julius Kardinal Döpfner 1913-1976*, Würzburg 1996, 135-156.

14. Cf. G. Colombo, «Genesi, storia e significato dell'enciclica 'Ecclesiam suam'», en *Ecclesiam suam» première lettre encyclique de Paul VI. Colloque internationale (Rome 24-25 octobre 1980)*, Brescia 1982, 131-160, esp. 136.

15. Referencias en el archivo de Léger; Congar se enteró de una audiencia pontificia concedida a Lébret, acerca de la cual cf. G. Turbanti, *La chiesa nel mondo*, tesis doctoral dirigida por G. Alberigo, Universidad de Turín 1996/1997, 96. Indicaciones en las memorias señalan contactos parecidos con otras personas (por ejemplo, Suenens, Daniélou, Frings, Guitton, De Luca).

16. En el retiro el papa reflexiona sobre el significado y el carácter dramático de su misión. «Como una estatua situada sobre un pináculo, así está una persona viva como yo. [...] Debo acentuar esta soledad; no debo tener miedo, no debo buscar un apoyo exterior que me exonere de mi deber, que es el de querer, el de decidir y el de asumir toda la responsabilidad, el de guiar a los demás, aunque eso parezca ilógico y quizás absurdo. Y he de sufrir solo. Las confidencias consoladoras no podrán ser sino escasas y discretas; lo profundo de mi espíritu tendrá que permanecer conmigo. Yo y Dios»; nota transcrita por P. Macchi, *Commemorazione di Paolo VI: «Istituto Paolo VI - Notiziario»* 1 (1979) 53. En estas meditaciones espirituales, tan claras en su comprensión del significado de la función petrina, el Concilio casi no existe, y, en todo caso, no condiciona el perfil pontificio. Es como si Pablo VI —el hombre que «había estudiado durante más tiempo lo de ser papa»— no estuviera en condiciones de ver claramente lo que había sido ya la dificultad experimentada por Juan XXIII durante el primer período, a saber, la de hallar una relación equilibrada con la libertad del Concilio en sus reuniones. En enero de 1963, el papa Roncalli se reprochaba a sí mismo por haber permanecido demasiado pasivo durante los debates conciliares, y parecía criticarse a sí mismo por su conducta durante la labor en la que él había «respondido» punto por punto a las peticiones del Aula, pero nunca se había anticipado a ellas. Cf. A. Melloni, «Giovanni XXIII e l'avvio del Vaticano II», en *Vaticano II commence*, 73-104. Seis meses más tarde y en pleno noviciado como papa, el papa Montini no tiene experiencia directa que le sirva para medirse él a sí mismo.

17. Esto siguió siendo un interrogante para no pocos obispos, incluso después del comienzo del segundo período (cf. *Historia del Concilio Vaticano II*, vol. 2, 26-27), por lo menos hasta el 30 de octubre de